

CAPITULO XXVII.

(Continuacion del anterior asunto.)

SUMARIO.

Fenómenos fisiológicos.—El magnetismo no los explica.—No explica la curacion de las enfermedades, que fué un hecho en la antigüedad y lo es ahora.—Se demuestra.—Ni menos explica cómo es que teniendo virtud para curarlas, no le falta poder para producirlas.—El magnetismo en contra del principio de causalidad.—Trasposjcion de los sentidos.—El fenómeno de la vision por el epigastro.—Absurdos porque seria forzoso pasar.

Si del orden de los fenómenos físicos pasamos al de los fisiológicos, la dificultad en la explicacion sube de punto y la insuficiencia del agente no puede imaginarse más absoluta. Examinemos algunos de la segunda série, no siendo po-

sible á quien estudia el espiritismo, más bien en la parte filosófica que en la histórica, examinarlos todos.

La vida de relacion en el hombre es todavía un misterio para la metafísica y para la ciencia, á pesar de que la primera conoce bastante, para aspirar á conocimientos más elevados, la naturaleza del alma, y la segunda ha logrado describir, parece que con verdad, el aparato del cuerpo, descomponiéndole en órganos principales y en elementos simplísimos. Hay motivos para creer que continuará en ser un misterio. La fisiología, pues, por mas que se sueñe robusta jóven, es una niña, como lo demuestran las mantillas que pretende mal ocultar á la vista de sus compañeras, las otras ciencias.

Detengámonos, en cumplimiento de nuestro propósito en un fenómeno que impresiona é interesa vivamente á los hombres que miran con repugnancia el dolor, es decir, á todos. Aludimos á las enfermedades, respecto de las cuales se concede al magnetismo una influencia trascendental y un dominio ilimitado.

Prescindiendo de los hechos antiguos, que en este punto fueron numerosos, siendo parte á fundar una religion, á levantar templos y hacer hombres dioses, como Serapis, Mopso y Escu-

lapio; la curacion de las enfermedades ha sido siempre el lado más seductor del magnetismo animal. No fuera una tentacion si se le despojara de tan simpática virtud. Cagliostro, Mesmer y Puysegur en el siglo pasado, y en el presente, entre otros, el *medium* médico ó *curandero* Jacobo el zuavo, que tanto picó la curiosidad de Paris en 1867, son los que más adeptos han conquistado. Entre nosotros el conde de Segurier últimamente, llamado por el vulgo con mas verdad de la que se piensa, el *médico tentador*, logró, con los maravillosos fenómenos que obtenia al solo contacto de su mano, hacer admiradores suyos de varios entendidos en la ciencia médica, quienes no rehusaron dar á la estampa un testimonio público de la verdad de los hechos que presenciaron. (1)

No hay duda que semejantes hombres curan, como se ha podido ver en otra parte; aunque la curacion sea muchas veces pasajera, y otras recaiga en descrédito propio de los que se

1 Esto acaeció en Morelia hace dos años; y en los periódicos de la época se pueden ver los documentos á que se alude.

creen instrumentos de la naturaleza ó ministros de la Divinidad.

La curacion de las enfermedades supone, cuando ménos, tres cosas: conocimiento de la enfermedad, conocimiento del remedio, poder disponer de este remedio y aplicarle de una manera conveniente. El magnetismo animal da á los que de él se sirven esta aptitud y aquellos conocimientos. Se diagnostica por medio del magnetismo; se acierta con la medicina por medio del magnetismo; se encuentra la medicina por medio del magnetismo, y se la aplica, en la dosis y forma que se requiere, por medio del magnetismo. El magnetismo es á la vez el laureado doctor que propina, la panacea que todo lo sana, el *terapeuta* que ordena el tratamiento, y el hábil *curandero* que le pone en ejecucion. ¿Puede imaginarse mayor virtud en un agente material? No, responderán todos los que ven á los discípulos de Hipócrates y de Galeno afanarse inútilmente no pocas ocasiones para aliviar un dolor de muelas ó hacer desaparecer un constipado. No, se empeñarán en repetir los que contemplan á aquellos sábios, beneméritos de la humanidad doliente, andar á tientas con una escasa luz entre abismos de tinieblas y entre abismos de oscuridades. Sí, responderemos

nosotros con los partidarios del magnetismo; hay una virtud mucho mayor, la de curar, no una sino todas las enfermedades, no las enfermedades que fraternizan por sus semejanzas, sino las enfermedades más contrarias en sus causas, sus síntomas y sus efectos; y curarlas todas con la misma sustancia, en la misma dosis y sin variar en un ápice la forma de aplicación, ni con la naturaleza y temperamento de los individuos, ni con las influencias atmosféricas y de clima, etc., etc. ¡Milagro vais á decir! Si hubierais dicho absurdo, habriais andado cuerdos.

Pero el asombro va á crecer, ó no cabe asombro en la fantasía, al saber que el mismo agente que cura las enfermedades, equilibrando los humores, las produce todas, alterando el equilibrio con que funcionan. Con la misma facilidad que un magnetizador hace saltar al sometido á su influencia á algunos metros del pavimento, en medio de las ridículamente lastimosas convulsiones de un ataque nervioso, reduce al cataléptico á la más incompleta inmovilidad. La sensibilidad exquisita proviene de la misma causa que la anestesia: la locura de la misma fuente que la lucidez.

Y aunque esto importa el trastorno de todos

los principios y particularmente del principio de causalidad, ¿qué valen los principios, si el magnetismo está sobre todo principio? A semejante consecuencia es necesario llegar, si es positiva la virtud del fluido magnético, si ella es, en efecto, la causa de tantas maravillas, si ella y sola ella puede prestarles una explicación satisfactoria y razonable. Pero como los principios son incommutiblemente subsistentes, nada que deje de suponerlos es admisible, ni en el terreno de la filosofía, ni en las regiones de la ciencia, ni en el tribunal de la razón, ni ante la barra del sentido comun.

Y la trasposicion de los sentidos, que es otro de los fenómenos fisiológicos, ¿es ménos absurdo por razon de la causa que se le supone? Leer un libro y en general ver, no por los ojos, sino por el epigastro; gustar un manjar con el cogote y no con el paladar, oír con las rodillas en lugar de oír con los tímpanos auditivos, y esto sin más que porque no se nos baña con una ráfaga instantánea de ese fluido jugueton, cuya entretencion es la de burlarse procazmente de la naturaleza, parece más que un hecho contado á lo sério, una conseja para divertir niños. Y sin embargo, esa trasposicion es histórica. A ser el magnetismo hijo de la naturaleza, debia lle-

var á cuestas, con más justicia que Can, las maldiciones de su ultrajada madre.

Observemos el fenómeno de la vision por el epigastro. Esta se verifica ni más ni ménos lo mismo que por el órgano de la vista. Y sin embargo, el epigastro no necesita de luz para presentar al alma la imágen del objeto; es opaco y no trasparente, como la córnea cristalina, y á pesar de su opacidad y contra las leyes de la física, los rayos que forman la imágen penetran por él, supuesto que la vision tiene lugar. El cruzamiento de los rayos luminosos es sin duda un hecho; y no hay pupilas ni nada parecido en el epigastro. Las imágenes pierden las medias tintas sin que haya diafragma en aquel improvisado sentido que desempeñe esta funcion, como le hay en el ojo; y las pierden, una vez que son vistas con toda claridad. La retina recibe la impresion y la comunica al espíritu, prescindiendo de todo medio natural y ordinario, pues si esta se encuentra naturalmente unida con el nervio óptico, no sucede lo mismo con el epigastro que representa en la economía animal papeles diferentes, que conspiran más bien que á entretener ó modificar la vida de relacion, á mantener y conservar la meramente vegetativa.

Resulta, pues, si es cierta esta manera de ver los objetos, ó que no es necesaria la imágen para la vision, ó que la imágen puede formarse sin el elemento indispensable de la luz. Además; en este último supuesto como la imágen, para serlo, debe conformarse con las cosas cuyas especies ó contornos toma, y aquellas son percibidas por los magnetizados y por los que no lo están, como si fueran de diversos colores, tendríamos colores sin luz, lo que contradice la ciencia; serian posibles los colores en la oscuridad, lo que la experiencia repugna. Resultaria tambien lo que indicamos y ahora repetimos, que la luz se refractaba de igual suerte en los cuerpos transparentes como el cristal, en los traslucientes como una delgada lámina de marfil, y en los opacos, como un pedazo de ébano ó palo de rosa; el sér obra como es, y entónces las diferencias en los cuerpos bajo este respecto serian de solo nombre: la naturaleza no podia ser otra cosa mas que una ilusion y la mas grosera de las imposturas. ¡Cuántos conocimientos era fuerza arrancar á las conquistas de los siglos, y principalmente á las del siglo XIX! No deberia hablarse de astronomía, ni de óptica, ni de fotografía, etc., sin exponerse de seguro, cuando ménos, á una homérica carcajada. Para aca-